

LA RUTA DE LA MEMORIA

El fotógrafo fotografiado



José Ortiz de Echagüe, maestro de la fotografía pictórica, ingeniero, pionero de la aviación (pilotó los iniciales aeroplanos hispanos), fundador de CASA y primer presidente de SEAT cedió a la historia una colección de retratos de los tipos y paisajes de la España de comienzos del siglo XX. Su obra fue cedida por la empresa automovilística en mecenazgo a la Universidad de Navarra y ha completado un recorrido itinerante por varias de las más importantes salas del mundo. Monjes, trajes regionales, castillos, paisajes o catedrales atrajeron el objetivo de su cámara.

En esta imagen, captada allá por los años treinta en las instalaciones de Construcciones Aeronáuticas, le tocó estar al otro lado. El polifacético alcarreño (Guadalajara, 1886-Madrid, 1980) posa (sentado, el sexto por la izquierda) junto a operarios, jefes de taller y demás contratados, entre los que aparecen Juan Fernández, Luis Sousa, Carmen Fell, Campillo (el jefe de fresas), Eliseo Tomás (montaje) o Lijero (oficial), nombres propios de una de las primeras generaciones de trabajadores de la más señera empresa arraigada en Getafe. También destaca la presencia de mujeres, en aquellos años encargadas de tareas administrativas y de oficina. Pero lo que el negativo no reflejó fueron las escenas costumbristas que día a día se generaban a la sombra de una de las fábricas que diversificó el tejido productivo de la

localidad. Las calles plagadas de bicicletas a partir de las seis de la tarde denotaban la salida de los operarios, que utilizaban este medio de transporte para trasladarse. Las calles se animaban con el bullicio de la remesa humana, y el azul de los monos de trabajo daba color a la tarde. Muchos de ellos ni siquiera se lo quitaban al terminar sus horas laborales, y lucían después del *tajo* el anagrama en forma de rombo colgado a su espalda. En los momentos de asueto de la jornada cada cual sacaba su tartera, ese pequeño recipiente de porcelana o aluminio que usaban (y aún pervive) los asalariados para llevar su comida, y la calentaban en la propia empresa. O cuando llegaba la hora de recoger el *sobre marrón*, el preciado papel que contenía la paga semanal entregada cada sábado. Después, una buena parte de ese dinero recalaría en la tienda de ultramarinos del barrio, donde se efectuaban las compras de alimentación necesarias. Unas estampas que seguramente no pasaron inadvertidas a los ojos escrutadores del Ortiz de Echagüe artista, quien consiguió compaginar su cargo en CASA y luego en SEAT con su pasión por congelar a las singulares gentes que encontró en su camino, como el remero vasco o los aguadores de Fez.

Noemi Moyano

Agradecemos a Manuel Fernández su colaboración para la elaboración de este artículo.